Aprender a mirar Javi Reina

Su pelo es moreno oscuro, corto. Lleva un vestido rosa un poco hortera y unas bailarinas plateadas. Como único accesorio, un abultado bolsito blanco de cuero. Lo que más me llama la atención de ella es un objeto del que no se separa: al principio no logro distinguirlo bien, pero poco a poco voy intuyendo que se trata de una lupa portátil, de esas que se apoyan directamente en el libro y se deslizan a través de la página para leer.

Esa misma lupa es lo que utiliza para devorar un libro de historia. Luego saca el móvil, y me fijo en que tiene el tamaño de letra muy grande (yo podría haber leído sus conversaciones desde la distancia que nos separaba). Sin poder controlar mi curiosidad, le toco delicadamente en el hombro. Al girarse, noto perfectamente como sus ojos intentan enfocarme, a no más de 30 centímetros, sin conseguirlo. Al principio dudo si hablarle o no. Noto una sensación extraña, noto su ávida necesidad de enfocar la mirada y distinguir mi cara, pero ni siquiera atina a mirarme a los ojos.

Trago saliva y le hago dos preguntas que ahora mismo me suenan infantiles. No pensé en lo que decía; supongo que estas cuestiones surgieron de mi humano deseo de conocer, más conocido como curiosidad innata: “¿Qué te pasa?”, y un instante después: “¿Por qué usas eso?”, mientras señalaba la lupa que sostenía en la mano. Me pilla totalmente por sorpresa, echa la cabeza hacia atrás mientras suelta una risa que llena el silencio del autobús. Cuando por fin logra calmarse, pero aún con los hombros agitados, me responde con simpleza: “Porque no veo bien”.

-¿Pero qué tienes?

-Es una enfermedad de los ojos llamada degeneración macular. Afecta a la mácula, destruyendo la agudeza de la visión central.

-¿Y cuánto tiempo llevas así?

-Pues me diagnosticaron a los cinco años. Luego tuve una temporada de complicaciones e infec-

ciones. Estuve a punto de perder la vista, pero tuve suerte y conseguí no quedarme ciega.

“¿Suerte dice?”, pienso. “¿Pero qué suerte? Yo en su pellejo no sabría qué hacer con mi vida...”. Y sin poder evitarlo, digo:

-¿A qué te piensas dedicar cuando seas mayor?

-Estoy estudiando un Grado Superior de Música. Me gustaría dedicarme a componer.

Mi torpe silencio delata mi asombro, por lo que ella añade:

-Por tu gesto diría que estás impresionado. Yo también lo estuve cuando me di cuenta de que mi problema era para siempre. Pero ayudada por mis padres y la gente que me quiere, no me considero una discapacitada, sino una persona con otras capacidades. Por ejemplo, ya que mi vista falla, otro de mis sentidos, el oído, se me ha desarrollado más que a una persona que ve bien. Eso en el mundo de la música es muy importante, ya que soy capaz de distinguir matices que mis compañeros no pueden.

La conversación continúa. Vamos profundizando. Llegamos al quid de la cuestión.

-Pero entonces, cuando vas a un museo, o a la orilla del mar, ¿no disfrutas nada de las vistas?

-(Volviendo a reír) ¡Claro que sí! Pero lo hago de manera diferente a la tuya. Te lo voy a enseñar. Mira por la ventana y dime qué ves.

-Veo un bosque de pinos.

-Eso no me vale. Tienes que decirme los detalles, los colores, lo que sientes al ver las imágenes... Tienes que mirar las cosas como si fuera la última vez que vas a poder verlas. Tienes que aprender a mirar a tu alrededor como si todavía fueras un niño, consciente de su pequeñez y a la vez de la inmensidad del mundo. Ahora vuelve a mirar por la ventana y dime qué ves.

En ese momento no sabía qué hacer. Miraba por la ventanilla del autobús y seguía viendo un inmenso bosque de pinos. Me preguntaba a mí mismo “¿Y tú cómo le describes esto ahora a una persona que no ha visto nunca?”. Tragué saliva y salté al ruedo:

-Pues...Mmm...

-¿Sí?

-A la derecha, como a 5 metros de nosotros, empieza un bosque de pinos muy frondoso. Tienen una altura de entre 20 y 30 metros. La verdad es que no se distingue el final del bosque desde aquí, por lo que debe ser bien grande. El cielo está azul impoluto, excepto por una nube con forma de champiñón, que parece inofensiva, el suelo...

-Para. ¿Te das cuenta de la diferencia entre esta descripción y la anterior?

-Sí, claro.

-Pues entonces puedes decir orgulloso que ya has aprendido a mirar.

Gracias, Marta, por enseñarme a mirar.

Siempre hay alguna razón Pablo Adúriz

Llueve, rayos y truenos de fondo. Un grupo de cinco amigos avanzan por un parque confiados, con la mirada alta.

-¿Y os acordáis del gol de Pogba? -dijo el rubio, que se encontraba en el centro.

-Como para no hacerlo, un tiro a la izquierda precioso. Para enmarcarlo en un cuadro y exponerlo en el mismo Louvre -dijo el que tenía el tupé de Elvis, que estaba a la derecha del anterior.

Y los demás se rieron como de costumbre, no con carcajadas totalmente sinceras, pero lo suficiente para la ocasión.

-¿Y qué opináis de la mano de Perisic? -hizo una pausa para coger aire y se ajustó las gafas. Yo creo que, aunque el balón le diera en la mano es totalmente involuntario, sin contar que él estaba recogiendo la mano, por lo que era inevitable el choque.

Hubo un silencio de unos segundos, pero que al moreno de gafas se le hizo eterno.

-Inevitable no es nada en esta vida -dijo el rubio de forma secante-. Y si en el reglamento pone que se sanciona una mano, se sanciona una mano, por muy involuntaria que sea

-Ya, ya... pero, aún así.

No pudo terminar la frase porque un perro se le había echado encima desde atrás. Un Rottweiler negro, se encontraba ahora encima del chico. Rápidamente él se giró para salir corriendo, pero nada más lo hizo, se dio cuenta de que tenía la cara del chucho encima. Le empezaron a caer las babas del perro en su cara, momento que le pareció durar horas. No pudo ni pasarse las manos sobre la cara para limpiarse, el perro le estaba destrozando su rostro descubierto. Sin razón aparente, se fijó en la oreja y decidió arrancársela de cuajo con un fuerte mordisco, que vino acompañado de un fuerte grito por parte del chico pidiendo ayuda.

Ninguno de sus amigos movía un dedo. Estaban clavados al suelo, ya fuera por miedo al pe-

rro o por miedo a lo que podría hacer si intervinieran. Ni siquiera pidieron ayuda o llamaron a la policía. Medusa les había echado una mirada y ahora estaban paralizados. Mientras tanto el perro estaba atacando a su amigo sin descanso.

Y no fue hasta el segundo grito, cuando el perro le hubo escupido su propia oreja en la cara, cuando intervino alguien. Venía de la acera de enfrente, y se echó sobre el perro, consiguiendo separar al cazador de la presa. Pero el Rottweiler tenía sed de sangre, y cuando vio que le había alejado de la primera víctima se centró en el nuevo protagonista.

Con sus ojos llorando, con la voz temblorosa y con el alma por los suelos le intentó hablar a su héroe:

-...

No podía hablar, entre las lágrimas y los mocos no podía casi gesticular. Él, al ver esto, le dio un fuerte y cálido abrazo. Y con este gesto le decía al pobre: “no temas, todo va a salir bien, yo estoy contigo y no te voy a abandonar”.

El chico seguía llorando, y consiguió decir unas palabras:

-Pero, ¿por qué? -mientras sus lágrimas caían sobre el hombro del otro

-Oh, venga. Los hombres no lloran -le dijo con una sonrisa tan sincera, tan calmada que provocó que el chico ahora sin gafas le empezara a golpear con las manos temblorosas, débiles y ensangrentadas en su pecho

-¡Tu pierna!- El desconocido tenía toda la pierna fuera, había más sangre del nuevo que del primero. Ya no tenía el fémur y la tibia juntos.

-No importa, solo es una pierna, me queda otra. Y tú estás vivo.

Quería gritarle con todas sus fuerzas, pero le abrazó otra vez, más fuertemente, llorando a moco tendido. No entendía por qué un completo desconocido, sin ninguna relación con él, había decidido arriesgar su vida y perder una pierna para salvarle. ¿Acaso la vida de uno mismo no tiene mayor prioridad que la de los demás? ¿Y más aún cuando se trata de un desconocido?

El chucho ya no se encontraba sobre la cabeza del hombre, y tuvo que ir hacia lo primero que vio, que fue la pierna derecha del samaritano. Le mordió sin parar durante quince segundos, hasta que él consiguió sacar la navaja que tenía en su bolsillo interior y clavársela en el cuello al perro. Murió con los dientes todavía clavados en la pierna, dejando el fémur a la vista acompañado de un manantial de sangre.

Donde habita la magia

Javier Ormazábal

Desde el día en que la Biblia del párroco del pueblo fue robada, nada especial había ocurrido en Alba del Campo. La noche antes de que desapareciera se proyectó "La semilla del Diablo" en la plaza del ayuntamiento, y nadie pensó que fuese una casualidad. Por ese mismo motivo, después de que se proyectara "La noche de los muertos vivientes" el domingo por la noche, la desaparición de Chucho, el perro de los Pérez, no fue una gran sorpresa en el pueblo.

A nadie de la familia le preocupaba demasiado, salvo a Nachete, que era el que más tiempo pasaba con Chucho. Sus padres decían que siempre había sido un perro rebelde y que probablemente se habría escapado, pero que volvería pronto. Para Nachete aquella idea era impensable, puesto que según el sistema de turnos que había establecido con su hermana Carlota, aquella noche al perro le habría tocado dormir con ella, la cual negaba haberle visto o sentido. Aquello era raro porque cada noche Chucho solía lamer la mano de su dueño en cuanto éste se metía en la cama, así que Nachete pensaba que alguien lo había secuestrado. Por suerte, sabía que su amigo Pedro le podía ayudar a investigar el caso, sobre todo porque ya habría terminado el cursillo del FBI que dijo que haría en verano.

-Y bien... ¿Sospechosos? -preguntó Pedro aclarándose la garganta.

Estaban en el cuarto de Nachete. Nachete cogió su pizarra y empezó a escribir.

-A ver... Carlota... Su novio... El *pirao*...

-Deberías poner al *pirao* en el primer puesto. Dicen que cada vez que algo raro pasa en Alba del Campo es por su culpa. Quizá sea un zombie, ¿no has visto cómo anda?

-Sí, pero nadie le ha visto la cara, no podemos saberlo.

-Averigüémoslo.

Ambos estaban aterrorizados, en frente de la cabaña del *pirao*, esperando a ver quién daba el primer paso. Nachete decidió darlo, al fin y al cabo Chucho era su perro. Pedro se quedó parado

en el mismo sitio, y no fue posible convencerle para entrar en la cabaña. Nachete se armó de valor, abrió la puerta y entró.

Solo había un salón grande, sin puertas, sin muebles; tan solo había una mesa sobre la que le pareció ver a Chucho tendido, con tijeras y cuchillos alrededor. De pronto, una mano esquelética le tomó del hombro y una voz gastada preguntó:

-¿Qué haces aquí?

Nachete se dio la vuelta y vio al *pirao*. Tenía una dentadura negra, un solo ojo y arrugas hasta en los labios, y hablaba sin mover la boca. Nachete iba a gritar dónde estaba Chucho, pero no podía hacerlo.

-Chucho no está aquí -dijo de pronto el *pirao*-, pero pronto volverá contigo.

Una ráfaga de viento envió a Nachete fuera de la cabaña y cerró la puerta. Durante un momento se quedó mirándola, pero Pedro le tomó del brazo y Nachete le dio un abrazo.

-Lo que hay allí dentro -dijo-, no es un hombre.

De pronto una voz sonó en su cabeza: "Para vivir sólo necesito una cosa, y tú también la necesitarás". Vio una imagen del *pirao* en su cabaña leyendo un gran libro, pero pronto desapareció, y trató de describírsela a Pedro.

-Eso es una tontería, Nachete, los zombies no saben leer.

Aquella tarde Nachete estuvo intranquilo. Cuando llegó al jardín de su casa vio un rastro de sangre en el césped bajo la ventana del cuarto de Carlota. Subió al cuarto de su hermana y en el alféizar de la ventana vio pelos de perro. Aquella noche le costó dormir. Como de costumbre, tendió la mano fuera de la cama y recibió un lengüetazo. Lentamente, se dio la vuelta, y cuando miró debajo de la cama, vio un solo ojo brillante observándolo. Poco a poco se acercaba, mostrando cada vez más claramente una dentadura maloliente. Entonces despertó y vio al *pirao* sentado sobre su cama. Habló, sin abrir la boca.

-Puesto que has visto mi rostro, he de marchar a otro pueblo.

-Señor -por fin conseguía hablar-, dígame por favor, ¿dónde está Chucho? ¿Mi hermana tiene algo que ver?

-Nadie debe saberlo, aún no. Ahora que yo me voy, muchas cosas sucederán en este pueblo, y ya sólo tú podrás protegerlo. Pero no temas, pues recibirás todo cuanto necesites. Si te preguntan, diles que fue el *pirao*.

De repente la figura se desvaneció dejando tras de sí una humareda de polvo que salió por la

ventana y volvió a tomar forma en el sendero, detrás de la iglesia. Pero ahora la sombra había crecido en estatura, caminaba erguida y sus mantos eran blancos como el sol. Sus pies se elevaron y voló alto hasta que las nubes lo cubrieron.

Nachete volvió a meterse en la cama. Alargó el brazo, y notó otro lengüetazo. Miró a la izquierda y vio a Chucho jadeando y aguantándose las ganas de ladrar de alegría. Lo acarició, y notó una herida en su cuello, que había sido cosida y ya había cicatrizado.

A la mañana siguiente, todos estaban contentos de ver a Chucho de vuelta, sobre todo Carlota, aunque sus padres la habían castigado en el desayuno por haber dormido con Carlos varios días sin permiso.

Después de desayunar Nachete salió a la calle con Chucho, y éste corrió hacia la cabaña del *pirao*. Nachete lo siguió y entró en aquel extraño salón. Ahora era completamente blanco, impoluto, olía a vainilla y a magnolia, y parecía nuevo. Seguía del todo vacío, salvo por una pequeña mesa sobre la que ahora había un libro viejo y polvoriento. Era una Biblia. La abrió. En la primera página, vio varios nombres escritos; el último de ellos era Nachete.

Aestas

Javier Yániz Ciriza

El huerto horaciano egredió a la perfección en pos del regadío, víctima de la sequía, mientras a lo lejos se observan aún las imperiosas tormentas, recuerdo de la realidad pretérita. La tierra respira con pena por todo lo que pudo ser, el labriego reza por las últimas reses vivas entre los campos de cardos; y sobre aquesta estampa estival tan española el benigno Atón o Helios medita por aquellos solariegos dueños de su traje y de un terrón de polvo. Anciano, decrepito y ciego contempla el paraje que algunos se precipitaron en llamar *Arcadia*, a la sombra de una encina vieja quedan convidados Garcilaso y Sannazaro "¡Qué caten ellos los frutos de la vida yerma! Ellos se doblegan y caen, y nosotros en pie nos mantenemos, hasta que llegue el momento de la contradicción supina donde todos moriremos" cantan mientras cosechan las espigas.

Ronronean las mulillas en el aire cristalino de un pueblo perdido entre montañas irrisorias, cuatro calles y un templo pétreo son faro para los reza-

gados caminantes cansados de tanto palabro grandilocuente. En casas escasas de oros sueñan con la resurrección los últimos desojanos esperando ver en el cielo la promesa de las campanas. El calor se cierce impávido colándose en forma de orondas moscas, zumbador recuerdo del hastioso estío, trayendo la imagen de un Aguandarto borboteante, ahora seco ¡Divino páramo subsumido en los ojos cansados de los niños! Ellos, reductos de la ilusión, en la tarde brumosa van diciendo su lección y se duermen al son de las ondas de las sábanas en los corrales. "Las golondrinas escriben sombras de palabras en la O azul que es el cielo y las ovejas con el tintero de sus ojos balan el poema de la resignación. Va cayendo el tiempo, se escucha por el horizonte sonidos de movimiento, el golpear de una pelota contra el frontón y la sombra de aquellos pinos hieráticos al borde de la calcinación. Y sé que él es el siguiente, y luego seré yo, y... luego no quedará nadie" conversa Milagros con un joven perdido en la soledad de las callejuelas. Flaca inmortalidad dorada y negra, consoladora del laurel horrible se dijo desde algún cementerio marino, olor a sal y buques callados. Algunos se preguntarán a estas alturas del relato "Pero ¿qué pasó, qué pasará, qué pasa...?" ¿Te parece poco avanzar? ¿Poco a de parecerte el legado de las palabras? La sangre hierve, los vocablos crecen, se inflan y mueren en un mar de significados obtusos. Aquí y allí nunca ha pasado nada y ha pasado la vida. Generaciones que se sobrevienen, o que se sucedían, porque ahora mueren los campos y los campesinos en este verano *guadaño*. Fiero verano, felicidad árida.

La tarde va dejando pasó a la deshora del reloj solar de la iglesia, un vara de hierro apuntando al cielo. Los mosquitos reposan en las cuencas de los ojos mientras la sierra de Codés se perfila sobre el rojo antes de ser devorada por el grajo. La pesadez del verano se extiende por los cuerpos como un recuerdo del final del río, aún así siempre nos quedará la risa y este *carpe diem* truncado por la responsabilidad y el acero. Desojo, pueblo de cuatro calles y un templo pétreo, despunta sobre el desasosiego danzante, sus últimos habitantes de esta incertidumbre suben al depósito de agua como procesión de luciérnagas en busca de la concavidad de la sombra. Sobre nosotros el universo eterno y desde el abismo salimos con nuestras palabras a dar vista a las Perseidas.